



el abismo
leonid andreiev

La colección de cuentos recogidos en *El abismo* es un descenso a las profundidades humanas por muchas y muy intrincadas escaleras de caracol: una versión del Lázaro milagrosamente resucitado en clave zombie, donde el muerto propaga entre los vivos el vacío de la muerte; Guillermo el Grande, victorioso en una humeante y sangrienta Bélgica, padece insomnio y desahoga sus delirios de grandeza con un pobre prisionero ruso; un solista de ópera decide derrotar al mito de Orfeo y trata de conmover con sus arias a un auditorio de burros; el vigilante de una pequeña estación de provincias se aburre, se convierte en un peligroso hombre gris que ostenta la autoridad... Escritos entre 1901 y 1926, estos relatos se convierten en metáforas que narran el horror de aquella Europa desmoronada en la que la lucha del individuo libre contra la maquinaria del estado hizo surgir héroes y mártires. Muchos viven en estas páginas.

El final de John el Predicador

(1916)

En la corbeta americana «George Washington» nació un cachorro bajo un cañón. Su mamá era una perra fea e inmoral: le gustaba el griterío, el escándalo y la riña y distraía su alma no la contemplación de la belleza del océano, sino las trifulcas con perros en tierra y el robo en la cocina de la corbeta; de haber sido marinero, hubiera sido la primera en emborracharse y no hubiera podido salir de la sombría celda de castigo. Y no tenía nada femenino ni atrayente: despeluzada como una escoba seca, manchada de brea y pez, apestaba a humo de tabaco de los pies a la cabeza, ella no fumaba, claro, pero adoraba a los fumadores. Sólo tenía un ojo e incluso éste era una estafa; el otro lo perdió durante la guerra de los estados del norte contra los del sur, mientras huía sin éxito del cautiverio sureño.

Tras parir al cachorro bajo el cañón, y ya sólo por esto en contra de la costumbre de todas las perras respetables, al principio se pasmó y desconcertó, hasta ese punto fue para ella inesperado. Pero ciertos sentimientos aún vivían en su alma tabacosa, maldita, y durante dos semanas, para vergüenza de sus amigos marineros, se concedió el papel de una mamá cariñosísima, interpretó una comedia desvergonzada. Cuando amamantaba al cachorro bajo el cañón, su cara era santurronamente bendita y pura, como la del pastor del barco cuando lee el sermón los domingos. Los marineros la maldecían por mentir y fingir, pero al cachorri-

llo le daba igual con tal de mamar y estar caliente: estaba ciego y no entendía nada de los asuntos de este mundo.

Por supuesto, a las dos semanas, y éstas no había transcurrido en su totalidad, la perra fea e inmoral regresó a su pernicioso vida; agotada por añadidura debido a la abstinencia y la santidad, organizó en tierra jarana tal que hasta el contraamaestre, él mismo un borracho, la condenó, mientras que el capitán, fuera de sí, ordenó darla de baja de la corbeta.

–Tenemos un cachorro, –dijo el capitán,– edúquenlo en las normas de la fe y la buena moral y no lo colgaré. De lo contrario, le colgaré.

Y así, el cachorrillo sustituyó a su inmoral madre, a ésta la verían más tarde los marineros en las cuevas de ladrones más turbias de San Francisco y en el puerto, donde se estaba buscando un barco comercial conveniente. Su carrera militar, ¡ay!, ya estaba dañada para siempre.

Sin ni siquiera sospechar que de la altura de sus peculiaridades morales dependía su propia vida, el cachorrillo aun así era muy agradable y honrado. Probablemente, su desconocido padre fue un perro bueno. Llamaron al cachorrillo John y le dejaron vivir debajo del cañón, al que con el tiempo, debido a la ingenuidad del cachorro, éste comenzó a tomar por su verdadera madre. Enemigo del ruido y de los fuertes gritos que acompañaban el trabajo de los marineros en la corbeta, amaba su refugio silencioso; escandalizado por los juramentos y maldiciones de los marineros, su alegría desbordante en los días de fiestas y borracheras, apreciaba sobre todo el silencio del cañón, su tranquilidad severa y grave.

«Es poco probable que alguien tenga una mamá como la mía, –pensaba mientras se acostaba bajo la cureña,– desde luego, me la ha enviado Dios para que no cometa pecados».

En esto ya se pasaba de la raya, cualquiera lo comprende, pero su actitud de agradecimiento oracional hacia lo

existente no escapó a la mirada atenta del contraмаestre. Tras recordar esa expresión de la cara como la que tenía la madre durante la lactancia y la del pastor durante el sermón dominical, el contraмаestre, de acuerdo con la tripulación, le puso al cachorro el título de «Predicador». Así que se llamaba John el Predicador, pero el capitán no lo sabía. ¡Difícilmente le hubiera gustado tal grado de perfección en un cachorro!

Pero he aquí lo que sucedió en una ocasión. Los marineros se reunieron junto al cañón, la madre de John, y empezaron a hacer algo divertido a su lado. Ya había pasado antes, limpiaban el cañón y le sacaban brillo; a John el Predicador le gustaba, puesto que indirectamente –según su opinión de cachorro– le daban brillo a todo su linaje. Y, efectivamente, su madre se ponía más guapa tras la limpieza, y su silencio se volvía pensativo, como en todas las mujeres bellas; y la luz soñadora de la luna se reflejaba más gustosamente en sus tersos costados.

Pero en esta ocasión los marineros hicieron algo distinto: o bien estaban alimentando a su madre, o bien la estaban curando de algo, John el Predicador no podía entenderlo debido a su juventud y falta de experiencia. Pero todos se reían y se lo estaban pasando bien, y con expresión agradable en el rostro John se deslizó bajo el cañón y desde allí sonrió al contraмаestre. Sin embargo, el contraмаestre no le respondió, sino que con el extremo de una cuerda sacó al cachorro y dijo aproximadamente lo siguiente:

–¡Si me la juegas, te la devuelvo! Siéntate aquí y observa.

–¿Dónde?

–Ahí mismo. ¿Te lo pasas bien?

–¡Oh, sí, mi querido señor contraмаestre! Soy verdaderamente feliz y sólo desearía una cosa, que también otros perros pudieran decir esto de sí mismos y con similar solidez con que yo lo digo...

–No gimotees. Ahora verás.

Y entonces el cañón ¡tronó! ¡Pero c-ó-m-o tronó! ¡Cómo! Y no había tenido tiempo John el Predicador de llevar a cabo su primer pensamiento natural, el suicidio, cuando su madre tronó por segunda vez. ¡Pero c-ó-m-o tronó! ¡Cómo!

John el Predicador echó un vistazo a todos lados, hasta el punto que aún podía ver, puesto que sus ojos temblaban, y vio que había una fila de madres igual de elegantes que la suya y que una a una iban tronando. ¡Pero c-ó-m-o tronaban! ¡Cómo!

Y entonces muchos de los asuntos de este mundo se volvieron claros para John y se hizo filósofo. Y pasado más o menos un año tenía el pelo despeluzado, igual que su mamá fugitiva, ojo y medio en lugar de dos, bebía ginebra, fumaba y maldecía desvergonzadamente. Y el capitán, bondadoso y afligido, ya estaba buscando la cuerda para colgarle conforme a su promesa, y al contramaestre le atormentaban unos remordimientos inenarrables y dijo a la tripulación:

—¡Y yo que le había llamado el Predicador!

¿Me perdonarás alguna vez, John?

—No lo sé. Si, bueno, si no me ahorcan... ¡te perdono!

Dos cartas

(1916)

I. Todo llega demasiado tarde

Quería una explicación, aquí la tiene. Sé que sentiré frío y dolor, que va a llorar toda la tarde, quizá también mañana, pero no me da pena, no. Es demasiado joven para merecer mi pena. Joven su corazón, joven su risa y jóvenes sus lágrimas, yo no puedo compadecerme de usted, no me reproche mi frialdad. A una persona joven parecida a usted le vi una carta parecida a la mía, o de género similar, y en la carta había huellas de lágrimas. En esa misma carta había otra huella posterior: el redondel de una taza de café que la persona joven gustaba de beber... ¿y sabe cuántos años habían pasado entre las amargas lágrimas y el confortable café? Un año. Un año, querida.

¿Creerá ahora que estoy cansado? Sólo los cansados así son indiferentes a las lágrimas jóvenes, a todo un año de luto joven y bello; sólo a ellos les resulta penosa una mano fría. Un cadáver no se levanta y no pelea, pero la caída de su brazo flácido es más penosa que un golpe. Sí, estoy cansado. Ayer, mientras usted llamaba a mi puerta, yo estaba

en casa solo, a oscuras, pero no dormía. Y oí su voz y el roce de su lindo vestido... Casi podía oír el golpeteo abatido y asustado de su corazón estrellándose contra una puerta cerrada y muda. Pero no me levanté a abrir, y con igual acierto podría haber llamado a la lápida de un sepulcro: nadie saldrá. No, éste no es el cansancio del que lleva un tiempo dedicado a una tarea y que tan tiernamente me reprochó mientras me apartaba de mi trabajo, éste no es un sueño de fuerzas agotadas, la quietud antes del movimiento: éste es el cansancio de toda una vida y, a cambio de toda esa vida, una quietud penosa, un pasillo frío en cuyo final está la puerta de la Muerte. Como si me hubieran arrojado de golpe todos los años vividos, como si durante una única hora hubiera dado todos los pasos con los que he caminado por la redondez de la Tierra, hubiera pintado todos mis cuadros, hubiera experimentado todas las tristezas y alegrías de mi agitada existencia. El corazón no quiere latir, ¿puede entenderlo, querida? Se cansa con cada uno de sus latidos, igual que un reloj de torre antiguo que lleva mucho tiempo haciéndonos saber la hora.

Los fatigados tienen días así. Hoy ya estoy en movimiento y mis ojos desean ver, atisban la belleza de las nubes, y mi mano ya se estira hacia el pincel y el lienzo tirante parece tentador. ¿Qué pueden hacer los ojos, sino ver? ¿Qué puede hacer la mano, sino trabajar? Y hoy ya he pasado por la barbería, ¡oh, cuánto trabajo van a tener los fígaros el día de la resurrección de los muertos!, y mi Jean hizo una observación acertada al terminar la ceremonia: «Cómo ha rejuvenecido». Sí, he rejuvenecido, mis ojos mienten luminosos y serenos y todo yo soy como un caballo gitano en un mercado que entusiasma a los compradores por su aspecto bravo; y hace falta una mirada terrible y muy atenta para advertir la sombra de cansancio mortal sobre ese rostro que irradia armonía. Lo expresaré de forma poética: una serpiente ha dormido entre las flores toda la noche, pero ¿quién va a sospecharlo por la mañana?

Y de haber llamado hoy, quizá le hubiera abierto la puerta demasiado de prisa; y una vez más hubiera pasado toda la tarde estafándola a usted y a mí mismo, a dios y a la gente, a la muerte y al amor. ¿Recuerda nuestro paseo, aquella vez que yo, dejándola atrás, subí corriendo todo valiente a un cerro muy alto? Mientras jadeaba por las intermitencias de mi corazón, para los viejos tales experimentos son un peligro, esperé arriba la corona de laureles de sus manos, igual que un joven griego en la palestra, pero usted ni siquiera reparó en mi agilidad, ¡para usted era tan natural! Claro que fue una auténtica tontería, mi mentira de hoy sería más hábil, ya siento en la boca su sabor dulce, a cloroformo, a narcótico. Hablaría de mis futuros cuadros. Igual que un tenor de moda en una cita entona los arias en falsete —¿qué puede hacer un tenor, sino cantar?— yo pintaría mis cuadros en falsete, me brillarían los ojos, me inspiraría y mentiría a la gente y a la carrera, igual que el peor de los truhanes. ¡Para animar vuestros ojos lindos e infantilmente sabios estoy dispuesto a convertirme en un genio durante una hora! Pero es una simple estafa, amiga mía, una simple estafa. No soy un genio. ¿Qué cuadros? No voy a pintar MÁS cuadros.

Estoy cansado. No les diga esto a mis compradores de la feria, aún necesito alargar el día de trabajo... pero estoy terriblemente cansado. Todo ha llegado demasiado tarde a mi vida, y no se enoje, querida mía, no llore, mi niña: no necesito su amor. Y qué bien que no se haya dicho ni una palabra sobre ello y que la semilla maldita de la mentira no haya brotado: ¡hubieran sido unas flores horribles, despreciables! Querida mía, he visto todo. Hace ya un mes o más que busca dolorosamente el pretexto y el momento para abrirse conmigo y decir: le amo. Hace ya un mes que yo, cual experto donjuán y el cobarde más ruin, me deleito con la visión de esa lucha, la empujo, con gestos de hipnotizador inspiro aún más amor, la llevo hasta el borde y corro asustado, simplemente me largo. El pelo se levanta en mi

cabeza, siento un miedo trágico, puesto que me acosan las Euménides, pero voy al trote, como el miserable carterista al que persigue la policía. Habrá notado que al principio de cada una de nuestras veladas es usted quien habla, yo guardo silencio, sin embargo al finalizar parloteo como poseído por la palabrería, cual personaje moralizante en una mala obra, y usted calla desconcertada, muda, afligida, sin saber a qué agarrarse en ese mar de palabras. Y así, callada, la acompaño a la puerta, con hipocresía retengo su mano, fría por culpa de la pena y la perplejidad, y de prisa cierrro la puerta: por hoy estoy salvado. Usted se aparta enseguida de la puerta, ¿o aún se queda allí? Yo me aparto enseguida. Pero esa semana, ¿se acuerda? Me quedé diez minutos frente a esa estúpida puerta tras la cual yo acababa de despedir a mi última, pero tardía, demasiado tardía, felicidad. Parece que por primera vez comprendí lo que significaba esa puerta al contemplar durante diez minutos su plano iluminado; y si oyera su suspiro... ¡No!

Todo llega demasiado tarde.

Mi tren parte por la mañana, las maletas están preparadas y la caja de pinturas está lejos, no tengo nada que hacer en toda la noche: una ocasión excesivamente oportuna para este último acceso de razonamiento. Mire lo que eso significa. Cuando era un crío de siete u ocho años, me apasionaban las rosquillas de menta baratas que vendían en nuestra apartada calle, en el pequeño puestecito los llamaban, no sé por qué, melindres y por un kopek te daban dos. No sé por qué nunca tuve suficientes kopeks para darme un atracón: en esa época mis padres no eran pobres y no sufrí ninguna otra carencia, pero para los melindres nunca tenía suficiente. Claro que era una pequeña locura, una manía infantil. Pero recuerdo mis sueños con los melindres y la envidia insana de quienes los comían; recuerdo su extraordinario sabor y su aspecto, la fina corteza caliza que se quebraba suavemente entre los dedos, recuerdo mi tormento por un millón de melindres, ¡por una montaña ente-

ra de rosquillas! Probablemente, comía muchos, pero quería más y más; y hasta ahora, muchas décadas después, mi hambre ha quedado insatisfecha. ¿Lo comprende? Puedo comprar un millón de melindres y, a veces, es cierto que compro una libra o dos y se las comen los criados: éstos no los necesito, son extraños y no reconozco su sabor.

Llegó, pero demasiado tarde. Todo llega demasiado tarde y mis queridos melindres eran sólo el timbre del inicio de este estúpido espectáculo. Deseaba seguir viajando... ¡y cómo lo deseaba! Usted comprende esa pasión por los países nuevos y las orillas nuevas, y más de una vez, mientras hablaba de mis vagabundeos por Europa y América, advertí en sus ojos el imprudente fuego de la curiosidad, de la sed del movimiento continuo, la ansiedad sumisa y sagrada del alma humana arrojada a la tierra para vagar. En los nómadas y los aventureros innatos ese fuego se convierte en llama devoradora, pero en mí probablemente sólo ardía débilmente, tal y como corresponde a un joven culto útil a su patria y consuelo de sus padres; y no me fui a ningún sitio mientras no acabé todos los cursos correspondientes. Y cuando me fui...

La verdad, es agradable y cómodo viajar en un vagón internacional o con suelas herradas de turista deambular por el Tirol, y es totalmente parecido, engaña por completo, a un viaje. ¿Pero por qué, cuando miro por la ventana espejada del vagón, siempre veo la imagen del estudiante de ojos hambrientos que rápida y desesperadamente se precipita al tren, desaparece sin dejar huella en las ruidosas estaciones y de nuevo vuela hasta el tren, aparece y desaparece como una pequeña sombra sobre los valles soleados del Arno, sobre los rápidos de Noruega, sobre el vasto espacio agitado de la Atlántida? Puesto que persigue a los barcos igual que a los trenes, y sólo en los Grand Hotels o en los suntuosos Excelsiors no lo verás nunca. ¡Y qué aburrido se ha vuelto un mundo en el que el turista ha sustituido

al aventurero, y las almas muertas, en lugar de Caronte, las transporta Cook!

Llegó, pero demasiado tarde. Todo llega demasiado tarde y ahí está el misterio de mi desesperación. El amor... Sí, el amor. He aquí el país maldecido por dios donde el retraso es ley, donde ni un solo tren llega según su horario y los jefes de estación de gorro rojo están todos locos o son idiotas. ¡Pero aquí hasta los guardas se volvieron locos por culpa de un accidente! Llegan tarde todas las declaraciones y besos, siempre son demasiado prematuros para uno y demasiado tardíos para el otro, mienten todos los relojes y encuentros y, como un corro de espectros bebidos, unos corren en círculo, otros les dan alcance aspirando el aire con las manos extendidas. Todo en el mundo llega demasiado tarde ¡pero sólo el amor sabe convertir un minuto de retraso en la eternidad infinita de la separación eterna!

Le he hablado poco de mi gran pasado, y ahora no voy a molestarlo: hay muchos muertos y por los muertos he empezado a sentir simpatía y su tranquilidad me parece digna de respeto. Sin embargo a una mujer no le dejaría en paz ni en la tumba, tan tonta era la mujer, inconcebiblemente tonta; y si se muere y yo aún sigo vivo, contrataré a una persona con un bastón que todo el tiempo, día y noche, va a golpear su losa, no le va a dejar reposar ni de día ni de noche. ¡Piense, querida mía, que supo retrasarse seis años!

Durante seis años solicité su amor, todas las fuerzas de mi alma estaban encaminadas a servirle, y durante seis años ella se opuso, llegaba tarde a las citas mendigadas, se casaba con uno, se divorciaba, volvía a casarse. Y de este mundo lo último en lo que pensaba era en mí y mi amor. ¡Seis años enteros! No voy a despertar sus gentiles celos con un relato demasiado largo sobre las tonterías que hice con aspecto lamentable y demente... sí, era lamentable y un demente, como todos en este maldito país de horarios falsos y trenes que chocan a cada instante. Sólo diré que la última de mis locuras fue el hachís, que arrastró mi corazón

a un país aún más salvaje de terrores seductores y encantamientos terroríficos; y cuando regresé de allí estaba en los huesos, como un maniquí, amarillo como el ocre y tranquilo como un turco. Ha tenido ocasión de ver los árboles viejos junto al camino grande a los que les cayó un rayo: verde en las ramas, pero un hueco negro carbonizado en lugar de médula. Yo convertí mi amor en cenizas, querida mía, y hasta ahora, si no tengo a mano ocupación mejor, con orgullo recuerdo mi heroica contienda y la gloriosa victoria.

Y ella... mientras tanto ella me amaba. No era importante el que entre nosotros hubiera dos mil verstas de distancia y que a su lado revoloteara un segundo o puede que incluso un tercer marido, ella me amaba, como una Margarita un poco ajada a un Fausto no del todo fresco. A mí no me reciben en el despacho del diablo y no conozco sus planes: probablemente fuera el habitual deseo de fastidiar, nada más. Pero ella me encontró y vino en un tren rápido, ¡se dio mucho prisa!, y durante dos semanas bajo el cielo maravilloso de Italia tuvo lugar una de las comedias más disparatadas, de esas que sólo un genio humano puede crear. Perdón a esa tonta, querida mía, había llorado y sufrido tanto.

Sí, fue una época de extraordinaria suerte para el maniquí amarillo como el ocre. Al mismo tiempo que la mujer, y por lo visto en el mismo rápido, vino a verme otra amante atrasada: mi fama. Le he hablado un poco de ese tiempo y se acuerda de la rápida serie de fogonazos deslumbrantes: exposición en Roma, exposición en Venecia y París, mi nombre por todas partes y carteles luminosos y las bengalas, ¡simplemente era maravilloso! Y además el sillón de académico, muchísimo dinero y muchísimos retratos en el pésimo papel de los periódicos baratos donde parecía un negro que había palidecido... hace nada que me estuve riendo de una de esas dulces imágenes, y usted me miró con sorpresa y reprobación: esa sucia mancha tipográfica le parecía el máximo de la belleza humana y de la gloria. Cla-

ro que sí, que la vean todos, incluso los que no lo necesitan. ¿Qué más debo enumerar como prueba de mi fama? Sí, un automóvil propio que por poco no me rompe la crisma; vendí a ese asesino. ¿Una villa para el reumatismo a la orilla del mar? ¿Flores frescas en la mesa, el aire deteriorado de mi estudio? Antes me gustaban las flores... antes, ¡antes!

¿Debo decirle, luz de mi vida, que también esto llegó demasiado tarde? Respeta usted con tal sinceridad e inocencia mi gloria otoñal, en sus ojos claros hay orgullo y brillo cuando camina a mi lado, ¡y debe entender, encanto, que esa gloria maravillosa y tan sabrosa de repente puede ser innecesaria! Y así es, luz de mi vida, hace tiempo que prefiero un ama de llaves buena y sensata a esta patrona bulliciosa y sucia que ni siquiera sabe hacer una comida pasable. ¡Y cómo se ha relajado el servicio! Cuántas huellas sucias se quedarán así en mi parqué: en lugar de limpiarlas con un trapo húmedo, la tonta de mi patrona marca los contornos con carboncillo y las cubre con fijador... ¡de lo contrario los nuevos visitantes pueden no dar crédito a mi fama!

Por otra parte, a todos los maridos ancianos les gusta regañar a sus jóvenes esposas y es muy posible que mi joven fama no sea para nada tan ramera y que sea incluso una persona seria con rarezas pequeñas e inocentes. Una esposa respetable. Pero esta esposa respetable tiene una falta: llegó demasiado tarde y no cuando se la quería con ardor, no entonces. ¿Dónde estaba mientras yo la llamaba día y noche? ¿Dónde se ocultaba cuando yo la buscaba en todos mis lienzos y sorprendía miradas indiferentes que mataban mis cuadros, que desposeían del lenguaje a mis pinturas? ¿Alternaba con otros que tampoco la querían?...

Disculpe mi vocabulario grosero, querida mía, en la amargura está mi absolución: dios la ampare, a la que llegó tarde, que siga alborotando y danzando. Estoy cansado igual que un picador al caer la tarde, mis maletas están pre-

paradas para el remoto viaje, y yo me separo de usted para siempre y por eso soy tan perverso y odiosamente injusto. Que siga alborotando. Pero permítame sólo una cosa, con todo no puedo no hacerle un reproche: para qué subió tanto el precio de mis cuadros. Compréndalo, tengo mucho dinero, pero soy pobre para comprar mis propios cuadros... ¡así que son caros y accesibles sólo para los ricachones! Y precisamente los primeros, los extinguidos, los en su momento no conocidos, que vendí por un haz de leña para la estufa de hierro de mi estudio helado. Precisamente esos aprecian los coleccionistas y hace poco, en un ataque de sentimentalismo propio de un anciano, estuve admirando uno de esos valiosos bocetos: un coleccionista bondadoso me dejó pasar a verlo, me explicó sus méritos y prometió dejarme entrar en lo sucesivo, cuando yo quiera, un ignorante muy bondadoso y atento, el coleccionista. Una pena no haber ido con usted; en las ventanas brillaba tantísimo el sol y se veía un patio cubierto de hierba verde.

Todos llegan demasiado tarde y ahí está el misterio de mi litera y de las maletas liadas. No, no son cosas de valor, es mi vejez, mi desesperación y mi cansancio mortal que voy a arrastrar no sé a donde, y en vano los maleteros se quejarán de su peso, a mí también me gustaría que fueran un poco más ligeras, un poco más ligeras. La noche se acaba... ¿ya ha comprendido todo, querida mía?

Oh, no, claro que no lo ha comprendido, y tiene usted razón. ¿Qué le importan una mujer tonta que llegó seis años tarde, mi cansancio y las quejas gruñonas de mi bonita fama? Esto es sólo un prólogo para usted con una numeración especial de las páginas, y el presente empezará sólo allí donde empiece a hablar de usted: ésa será la cuestión y entonces aceptará comprender. ¿No es verdad, querida mía? Dejemos que sea así: cerremos el prólogo y pasemos a la novela.

Entonces, usted me ama. ¿Es verdad? Sí, es verdad y me emocioo descaradamente al subrayar esa palabra: